

como si fuese cierto, ó por lo ménos probable. Interésase en el halago de su imaginación cuando lo refiere, y en hacer su historia más atractiva para los que pueden leerla. Si después algún escritor de juicio, con buenos fundamentos, impugna alguna de estas patrañas, le dan en los ojos con una infinidad de autores, tratándole

de temerario, porque contradice á tantos. Y estos tantos, bien mirado, vienen á ser uno sólo, que inventó la fábula ó la tomó de un vano rumor del vulgo, porque los demás son unos meros copiantes, que no se cargaron de otra obligación que trasladar lo que hallaron escrito. Mas basta ya de historia.

RESURRECCION DE LAS ARTES Y APOLOGÍA DE LOS ANTIGUOS.

§ I.

Uno de los delirios de Platon fué, que absuelto todo el círculo del *año magno* (así llamaba á aquel grande espacio de tiempo en que todos los astros, después de innumerables giros, se han de restituir á la misma posición y orden que ántes tuvieron entre sí), se han de renovar todas las cosas; esto es, han de volver á parecer sobre el teatro del mundo los mismos actores á representar los mismos sucesos, cobrando nueva existencia hombres, brutos, plantas, piedras; en fin, cuanto hubo animado é inanimado en los anteriores siglos, para repetirse en ellos los mismos ejercicios; los mismos acontecimientos, los mismos juegos de la fortuna que tuvieron en su primera existencia.

Este error, á quien unánimes se oponen la fe y la luz natural, tiene tal semejanza con una sentencia de Salomon, tomada según la corteza, que puede servir de confirmación á los que juzgan que Platon tuvo algún estudio en los libros sagrados, y trasladó de ellos muchas cosas que se hallan en sus escritos, aunque por la mayor parte viciadas. Dice Salomon, en el capítulo primero del *Eclesiastes*, que «no hay cosa alguna nueva debajo del sol; que lo mismo que se hace hoy es lo que se hizo ántes y se hará después; que nadie puede decir: esto es reciente, pues ya precedió en los siglos anteriores». Pero los sagrados intérpretes, examinando el intento de Salomon en aquel capítulo, hallan su sentencia ceñida á muchos más angostos límites que la platónica, como que sólo haya querido que se repiten en el discurso de los siglos los mismos movimientos celestes, las mismas revoluciones elementales; y en orden á las cosas humanas se observe la misma índole de los hombres en unos siglos que en otros, las mismas aplicaciones; que, finalmente, en lo que pende el discurso de la fortuna y el albedrío, haya bastante semejanza entre los tres tiempos, pasado, presente y futuro; pero con algunas excepciones.

§ II.

La excepción que principalísimamente señalan es en orden á los nuevos descubrimientos en las ciencias y artes. La experiencia parece muestra en esta materia muchas cosas totalmente incógnitas á los pasados siglos; y la persuasión, fundada en esta experiencia, se

fortifica mucho con la preocupación en que están comúnmente los hombres, de que los genios de nuestros tiempos son, para muchas cosas, más vivos, más penetrantes que los de nuestros mayores; concibiendo en éstos unos buenos hombres, cuyas especulaciones no pasaban más allá de lo que inmediatamente persuadian las representaciones de los objetos en los sentidos.

Pero el concepto que se hace de la menor habilidad de los antiguos es totalmente errado. Nuestros mayores fueron hombres como nosotros, dotados de alma racional de la misma especie que la nuestra, á quien, por consiguiente, eran connaturales todas las facultades ó virtudes operativas que nosotros poseemos. Los efectos asimismo lo acreditan en los ilustres monumentos, que nos han quedado de su ingenio, respecto de algunas artes. ¿Qué cosa hay en nuestro siglo, que pueda competir los primores de la poética y oratoria del siglo de Augusto? ¿Qué plumas tan bien cortadas para la historia, como algunas de aquel tiempo? Retrocediendo dos ó tres siglos más, y pasando de Italia á Grecia, se hallan en aquella región floreciendo en el más alto grado de perfección, no sólo la retórica, la historia y la poesía, mas también la pintura y la escultura. En las ciencias teóricas, es preciso que concedan grandes ventajas á los antiguos todos aquellos que no quieren que nos apartemos ni un punto de espacio de la dialéctica, física y metafísica de Aristóteles. Y los que en este tiempo se oponen á Aristóteles, buscan el patrocinio de otros filósofos anteriores, especialmente el de Platon. Acaso fueran preferidos á Aristóteles y á Platon otros filósofos de aquella remota antigüedad, si hubieran llegado á nosotros sus escritos. Si son verdaderas las noticias que nos han quedado de la penetración de algunos de ellos, ciertamente se infiere que su conocimiento físico era muy superior al de todos los filósofos de este tiempo. De Ferecides, maestro de Pitágoras, se refiere, que probando la agua de un pozo, predijo que dentro de tres días habria un terremoto, lo cual sucedió. Otra predicción semejante, comprobada también con el éxito, se cuenta de Anaximandro, príncipe de la secta jónica. De Demócrito se dice, que presentándole un poco de leche, ó con su inspección, ó con la prueba del paladar, conoció ser de una cabra negra, que no habia parido más que una vez; y que, á una mujer, á quien la tarde antecedente habia saludado como virgen, *Salve, virgo*, porque de hecho lo era entonces, viéndola á otro día, usó en la salutación

de voces, con que notó haber sido violada aquella noche, *Salve, mulier*, lo que después se verificó.

§ III.

Una ventaja no puede negarse á los modernos para adelantar más que los antiguos en todo género de ciencias; pero debida, no á la habilidad, sino á la fortuna. Ésta consiste en la mayor oportunidad que hay ahora de comunicarse mutuamente los hombres, áun á regiones distantes, todos los progresos que van haciendo en cualesquiera facultades. El mayor comercio de unas naciones con otras, y la invención de la imprenta, hicieron á nuestro siglo este gran beneficio. Algunos antiguos filósofos lograron cierto equivalente en los viajes que hacían á aquellas regiones donde más florecían las letras, para consultar á sus sabios. Especialmente los de Grecia era frecuente pasar á comunicar los de Egipto. Pero hoy se logra mucho mayor fruto, y con mucho menor fatiga, teniendo presentes dentro de una biblioteca, no sólo los sabios de muchas naciones, más también de muchos siglos.

La falta de imprenta, que dificultaba la comunicación recíproca de los antiguos, casi del todo cortó la de los antiguos con los modernos. Muchos de aquellos nada escribieron, temerosos de que, por la grave dificultad que habia en multiplicar ejemplares, se sepultasen luego en el olvido sus escritos; y faltándoles el cebo de la fama, no es mucho que mirasen con desamor la fatiga. Otros escribieron, pero cayeron en el inconveniente que á los primeros movió á no escribir.

De aquí viene el que necesariamente ignoremos á qué términos se extendió el conocimiento de los antiguos en varias materias, y por una retorsión injusta transferimos á ellos nuestra ignorancia, pretendiendo que se les ocultó todo aquello que á nosotros se nos oculta si lo supieron ó no.

Para desagravio, pues, de toda la antigüedad, á quien injuria este común error, sacaré aquí al *Teatro* varios inventos, pertenecientes á distintas facultades, tanto prácticas como especulativas, con pruebas legítimas de que su primera producción fué muy anterior al tiempo que comúnmente se les señala por data. Así se verá, no sólo que el ingenio de los antiguos en nada fué inferior al de los modernos, mas también que los modernos injustamente se jactan de inventores en muchas cosas, de que realmente lo fueron los antiguos.

§ IV.

Filosofía.—Empezando por la filosofía, es cierto que la que se llama moderna (esto es, la corpuscular) es más antigua que las que hoy se llaman antiguas. Hiciéronla, no nacer, sino resucitar, en el siglo pasado Bacon de Verulamio, Gasendo, Descartes y el padre Maignan; pues su primera producción se debió á Leucippo, maestro de Demócrito y anterior algunos años á Platon. Algunos le dan mucho mayor antigüedad, derivándola de Mosco, filósofo fenicio, que floreció ántes de la guerra de Troya.

Aun las máximas que, como especialísimamente suyas, ostentó Descartes, es probabilísimo que no fueron legítimamente adquiridas por sus especulaciones, sino robadas á otros autores que le precedieron. Jordan Bru-

no, filósofo napolitano, y Juan Keplero, famoso matemático alemán, habian escrito claramente la *Doctrina de los turbillones*, á que está vinculado todo el sistema cartesiano. Así, el doctísimo Pedro Daniel Huet, en su *Censura de la filosofía cartesiana*, no duda afirmar, que Descartes fué en esta y otras cosas copista de Keplero, si bien que ni áun á éste quiere dejar en la posesión de autor de los *Turbillones*, pues les da mucho más antiguo origen, atribuyéndolos á Leucippo, de quien hablamos en el número antecedente. A la verdad, en la doctrina de este filósofo, propuesta por Diógenes Laercio, se hallan delineados con bastante claridad aquellos portentosos giros de la materia en que consiste el sistema de Descartes. De modo que, á esta cuenta, Descartes robó á Keplero, lo mismo que Keplero habia robado á Leucippo. Posible fué (no lo niego) que á estos tres sabios, sin valerse de luces ajenas, ocurriese el mismo pensamiento; pero por lo ménos contra Descartes está la presunción, porque por una de sus cartas consta que manejó las obras de Keplero.

Otros muchos robos literarios imputaron á Descartes algunos enemigos suyos, entre los cuales se cuenta, que todo lo que dijo de las ideas lo tomó de Platon. Pero valga la verdad: no hay ni un rastro de semejanza entre lo que el antiguo griego y el moderno frances escribieron sobre esta materia (1).

§ V.

Medicina y anatomía.—En cuanto á medicina y anatomía hay tanto que decir de los que se creen nuevos descubrimientos, y no lo son, que Teodoro Jansonio imprimió un libro en Amsterdam sobre este asunto, el año

(1) A las doctrinas filosóficas que en el citado lugar señalamos como de invención anterior á los modernos que se creen autores de ellas, añadiremos algunas otras.

La materia sutil, que se juzga producción de Renato Descartes, quieren muchos haya sido conocida de Platon, Aristóteles y otros antiguos, debajo del nombre de *éter*, á quien daban el atributo de quinto elemento, distinto de los cuatro vulgares. Mas, á lo ménos por lo que toca á Aristóteles, se padece en esto notable equivocación. Conoció sin duda este filósofo, y habló de la materia etérea como de cuerpo distinto de la agua, la tierra, el aire y el fuego; pero dejándola en las celestes esferas, de quienes la consideró privativamente propia, como sería fácil demostrar exhibiendo algunos lugares suyos. Esto dista mucho de la doctrina de Descartes, que hace girar y mover incesantemente su *materia sutil* por todo el mundo sublunar, penetrando todos los cuerpos, mezclándose con todos y animándolos, digámoslo así, de modo, que sin ella se reduciría á una estúpida y muerta masa el resto de los demás cuerpos. Ni áun de Aristóteles consta liquidamente si tuvo á la materia etérea por fluida ó sólida, y yo me inclino más á lo segundo.

Mas, ya que no en Aristóteles, en otro filósofo antiguo, en Crisippo, hallamos la materia sutil en la forma que Descartes la propuso, ésta es mezclada con todos los cuerpos. Así lo testifica Diógenes Laercio, alegado por el padre Regnault. El autor de la *Filosofía mosaica*, citado por dicho padre, atribuye la misma opinión á los pitagóricos; el que aquellos filósofos, que quisieron establecer una alma común de el mundo, en esa alma entendieron lo mismo que Descartes en su materia sutil, como pretenden algunos modernos, nos parece nada verisímil.

Aunque se crea que Galileo descubrió en el siglo pasado el peso de el aire, ya en otra parte hemos escrito que Aristóteles lo conoció; pues afirmó que un odre lleno de aire pesa más que vacío. Su compresibilidad y expansibilidad alcanzó Séneca; con que no pudo ménos de alcanzar la elasticidad. *Aer, dice, spissat se, modò expandit.... aliàs contrahit, aliàs diducit.* (Libro v, *Natural. quæst.*)

de 1684, de que se da noticia en la *República de las letras*, al mismo año. En él prueba, que la opinion, que tanto ruido hace de un tiempo á esta parte, de que la generacion del hombre se hace en un huevo, se halla en Hipócrates, en Aristóteles y otros antiguos. Que los conductos salivales, cuya invencion se atribuye á un médico danes, llamado Stenon, no fueron ignorados de Galeno. Lo mismo pretende de las glándulas del estómago, de cuyo descubrimiento se hizo honor Tomas Uvilis. Que Nemesio, autor griego del cuarto siglo, conoció el uso de la bñlis en órden á la digestion de los alimentos, aunque se cree que Silvio, poco há, fué el primero que lo advirtió. Que así Hipócrates como Galeno conocieron el jugo pancreático, de que se juzga inventor Virsungo, médico paduano, y las glándulas de los intestinos, manifestadas muchos siglos despues por Peyero. Lo mismo dice de las venas lácteas, cuyo primer descubridor se jactó Gaspar Aselio, médico de Cremona. Que la circulacion de la sangre fué conocida por Hipócrates. Tambien la continua transpiracion de nuestros cuerpos. En fin, que este sabio griego comprehendió que la fiebre no es causada por el calor, sino por el amargo y el ácido (1).

No aseguraré que el autor citado pruebe eficazmente todo lo que propone. En el resúmen que leí de su libro se exhiben las asertaciones sin las pruebas; pero me inclino á que en algunos puntos no son aquellas muy sólidas. En cuanto á la generacion en el huevo, así Hipócrates como Aristóteles, en un lugar que he visto del primero y en dos del segundo, sólo dicen, que lo que se ve en el útero poco despues del concepto tiene alguna semejanza con el huevo. Aristóteles: *Quæ verò intra se pariunt animal. iis quodammodo post primam conceptum oviforme quiddam efficitur.* Y en otra parte: *Velut ovum in sua membranula contactum.* Hipócrates: *Genituram, quæ sex diebus in utero mansit, ipse vidi: qualis erat ego referam, velut si quis ovo crudo externam testam adimat.* Este modo de decir dista mucho de la opinion de los modernos; lo primero, porque estos absolutamente profieren que es huevo perfecto, y no sólo cosa como huevo aquel de que se engendra el hombre (lo mismo de todos los demas animales). Lo segundo, porque Hipócrates y Aristóteles sólo despues de la concepcion afirman aquella seme-

(1) Una de las grandes y utilísimas obras de la medicina quirúrgica, que se juzga invencion de estos últimos tiempos, es la operacion lateral para extraer el cálculo de la vejiga. Un tercero de el órden de San Francisco, llamado fray Jacobo Beaulieu, natural del Franco Condado, empezó á practicarla en su país con grande reputacion, la cual aumentó despues viniendo á Paris; pero examinados con más cuidado los sucesos, se halló ser por la mayor parte infelices. Sin embargo, no cayó de ánimo el nuevo operador. El método en la substancia era admirable, pero acompañado de defectos que podian remediarse, como en efecto los remedió en gran parte fray Jacobo, ya por reflexiones propias, ya por advertencias ajenas. Perficionó más el mismo método monsieur Rau, célebre profesor de cirugía, en Leide. Siguióle y le adelantó monsieur Douglas, cirujano inglés. Finalmente, con más felicidad que todos los que precedieron, practicó el mismo método (ó le practica, si vive aun) monsieur Cheselden, tambien inglés, al cual, de cuarenta y siete calculos, en quienes hizo la operacion, sólo se murieron dos, y áun esos tenian otras circunstancias para morir. Monsieur Merand, gran cirujano parisiense, habiendo ido á Londres, y visto obrar á Cheselden, tomando su método, le practicó

janza del huevo. Los modernos han hallado los huevos perfectos y formados ántes de la concepcion en los vasos, que por esto llaman ovarios, de donde por las tubas dichas falopianas (denominacion tomada de su descubridor Gabriel Falopio, célebre anatómico, natural de Módena) bajan al útero en la obra de la generacion.

Por lo que mira á ser causa de la fiebre el amargo y el ácido, no sé que haya otra cosa en Hipócrates, sino lo que dice en lo de *Veteri medicina*, que las inmutaciones morbosas de nuestros cuerpos dependen mucho ménos de las cuatro cualidades elementales que del amargo, el ácido, el salso, etc. Pero parece que hay poca consecuencia de lo que profiere Hipócrates en este lugar á lo que pronuncia en otros infinitos, donde imputa á sólo el exceso de las cualidades elementales casi todas nuestras dolencias. He dicho casi por exceptuar aquellas de las cuales, por sospechar causa mas recóndita, dice que tienen no sé qué de divinas.

§ VI.

Circulacion de la sangre.—En órden á la circulacion de la sangre, muchos modernos se han empeñado en que Hipócrates la conoció, y para eso alegan algunos lugares suyos; pero hablando con sinceridad, traídos por los cabellos. Éste es conato inútil, ocasionado de un vano pundonor de aquellos que no quieren que á Hipócrates se le haya ocultado cosa alguna que otro hombre haya alcanzado (2).

Mas aunque no podamos remontar el gran descubrimiento de la circulacion hasta el siglo de Hipócrates, podrémos por lo menos darle origen algo más antiguo que el que comunmente se le atribuye. La opinion comun reconoce por su inventor al inglés Guillermo Harveo. Pero algunos dan esta gloria al famoso servita fray Pablo de Sarpi, más conocido por la parte que le infama, esto es, su desafecto á la Iglesia romana, bien manifestado en la mentirosa historia del concilio de Trento, que salió á luz debajo del nombre de Pedro Suave, que por su universal erudicion en casi todas las ciencias. Dicen que éste, habiendo penetrado con sus observaciones el gran secreto del movimiento circular de la sangre, sólo se le comunicó en confianza al

despues en Paris, tambien con felicidad, acompañándole ó imitándole al mismo tiempo monsieur Perchet; de modo que, habiendo cada uno hecho la operacion lateral en ocho calculos, á cada uno se murió uno no más, esto es, de diez y seis dos; siendo así que de doce que en el hospital fueron tratados con el método comun, que llaman *el grande aparejo*, murieron cuatro. Lo que hace á nuestro propósito es, que monsieur Cheselden, cuando le improbaban el arrojé de una operacion nueva y nada autorizada en materia de tanto riesgo, no respondia otra cosa sino: *Leed á Celso.* En efecto, la descripcion de la operacion lateral se halla en Celso, libro vii, capítulo xxvi, aunque no con la perfeccion que hoy se practica; de modo, que una operacion médica que se juzgaba inventada á fines de el siglo pasado, se halla tener, por lo ménos, diez y siete siglos de antigüedad.

(2) En las *Actas phisico-médicas* de la academia Leopoldina, compendiadas en las *Memorias de Trevoux* de el año de 1729, artículo x, en nombre de monsieur Heister, se citan dos pasajes, uno de Plutarco, otro de un antiguo escoliador de Eurípides, en que formalmente se expresa la circulacion de la sangre.

embajador de Inglaterra residente á la sazón en Venecia y al insigne anatómico Fabricio de Acuapendente; que Acuapendente se le participó al inglés Guillermo Harveo, estudiante entónes y discípulo suyo en la escuela de Padua; que el Embajador y Harveo guardaron exactamente el secreto confiado, hasta que Harveo, restituido á Londres, le publicó por escrito el año de 1628, haciéndose autor de él.

Esta noticia necesita de más firmes apoyos, para su crédito, que la simple relacion de algunos modernos, porque tiene bastantes señas de inverisimil. ¿Qué motivo podia tener el padre Sarpi para hacer tanto misterio del descubrimiento de la circulacion, que sólo se lo participase á un íntimo amigo suyo (pues se asienta que lo era Acuapendente) y á un señor extranjero? Bien léjos de ocasionarle algun perjuicio este hallazgo, le daría un grande honor, como hoy se le da entre los que le juzgan autor de él. Dice un autor protestante, que en los países católicos cualquiera novedad, áun la mas inconexa y distante de los dogmas sagrados, se trata como herejía, y que en esta consideracion, escondió su descubrimiento el padre Sarpi, temeroso de pasar por hereje, ó á lo ménos por sospechoso en la fe. Extravagante impostura, pero muy propia de la religion de aquel autor, pues mucho tiempo há que los protestantes calumnian nuestro celo por la fe, como que declina á estupidez ó barbarie. No se niega que hay entre nosotros algunos profesores rudos y inalignos, como los hay en todo el mundo, los cuales, al ver que con razon se les combate alguna antigua máxima respectiva á su facultad, de que están ciegamente encaprichados, tocan á fuego, queriendo hacerlo guerra de religion, y traer violentamente á Cristo por auxiliar de Aristóteles, Hipócrates, Galeno ó Avicena. Pero éstos son las heces de nuestras escuelas, perillas toleradas, que no tienen parte alguna en los rectísimos tribunales donde se deciden las causas de religion. Por otra parte, el padre Sarpi dió tantas pruebas de osado y resuelto en puntos mucho más graves y que de hecho perjudicaban notablemente á la religion católica, que viene á ser sumamente irracional la sospecha de que por un temor tan vano huyese de descubrirse autor de la circulacion de la sangre. El indiscreto celo por su patria contra las prerogativas de la silla apostólica movió al papa Paulo V á llamarle á Roma, y despues á excomulgárle por inobediente. No sólo no desistió de su contumacia el atrevido servita, pero en venganza, dió luego á luz su historia del concilio Tridentino, que verdaderamente es una apología de los herejes y una violenta sátira contra todo el gobierno de la Iglesia católica, fuera de otros escritos con que hizo creer á los protestantes, como áun hoy lo creen, que en el corazón y en la mente fué totalmente suyo. ¿No es insigne delirio atribuir un temor desnudo de todo fundamento á un hombre que toda su vida hizo profesion de temerario?

Por dejemos ya aparte las conjeturas, que son excusadas cuando hay argumento concluyente. La verdad, y verdad constante, es, que ni Harveo ni Sarpi fueron inventores de la circulacion de la sangre, sino Andrés Cesalpino, natural de Arezzo, famoso médico y filósofo,

el cual floreció algo ántes que Sarpi y que Harveo. Esta gloria de Cesalpino no se funda en arbitrarias conjeturas ni en rumores populares, sino en testimonios claros que nos dejó en sus escritos. Exhibirémos uno que se halla en el libro v de sus *Cuestiones peripatéticas*, capítulo v, y es el siguiente: *Idcirco pulmo per venam arteriis similem ex dextro cordis ventriculo fervidum hauriens sanguinem, cumque per anastomosim arteria venali reddens, quæ in sinistrum cordis ventriculum tendit, transmissio interim aere frigido per asperæ arteria canales, qui juxta arteriam venalem protenduntur, non tamen osculis communicantes, ut putavit Galenus, solo tactu temperat. Huic sanguinis circulationi ex dextro cordis ventriculo per pulmonis in sinistrum ejusdem ventriculum optimè respondent ea, quæ ex dissectione apparent. Nam duo sunt vasa in dextrum ventriculum desinentia, duo etiam in sinistrum; duorum autem unum intromittit tantum, alterum educit, membranæ eo ingenio constitutis.* Otro igualmente claro se lee en el libro ii de sus *Cuestiones médicas*, capítulo xvii (1).

Lo que, pues, debe discurrirse es, que Harveo habiendo leído los escritos de Cesalpino, supo aprovecharse de ellos más que todos los demas que los leyeron. Meditó la materia, penetró la verdad y halló las pruebas, en que le queda á salvo una no leve porcion de gloria, aunque algo manchada ésta con el ambicioso deseo de la fama de inventor, quitándose la injustamente al que realmente lo habia sido.

Ya veo que no es mucho el exceso de antigüedad, que respecto de la opinion vulgar doy al invento de la circulacion, haciéndole retroceder de Harveo á Andrés Cesalpino; pero basta para el asunto de éste discurso, donde es mi intento mostrar, que muchos descubrimientos en ciencias y artes tienen data anterior á la que le ha puesto la opinion comun. Si se quiere pasar de Europa á Asia, mucho mayor antigüedad se le hallará, pues Jorge Pasquio, citado en las *Memorias de Trevoux*, y otros autores dicen, que más de cuatro siglos ántes que se publicase en Europa, era conocida la circulacion de la sangre en la China.

El mismo Pasquio dice tambien que el conocimiento de las enfermedades por el pulso tuvo su origen en la China, en tiempo de su rey Hoamtí, cuatrocientos años despues del diluvio. Si ello es así, esta invencion tiene más de mil y quinientos años más de antigüedad que la que le da Galeno, quien hace primer autor de ella á Hipócrates. Pero ¿qué hombre cuerdo se constituirá fiador de todo lo que dicen los chinos de sus ilustres antigüedades?

(1) El baron de Leibnitz, en una de sus cartas, citada en las *Memorias de Trevoux* de el año 1737, afirma, como cosa bien averiguada, que el verdadero descubridor de la circulacion de la sangre fué aquel famoso hereje antitrinitario Miguel Servet, que fué quemado vivo en Ginebra por órden de Calvino. Fué este algo anterior á Andrés Cesalpino. La comprehension y exactitud histórica de el baron de Leibnitz dan una gran seguridad á esta noticia. Con que la gloria de el descubrimiento de la circulacion de la sangre, que hasta ahora se disputó entre tres italianos y un inglés, viene á recaer en un español. Ejerció éste mucho tiempo la medicina en Paris. Así á su salud, como al honor de su patria hubiera estado bien que, contentándose con ser médico, no se hubiera metido á teólogo.

§ VII.

Matemáticas.—No podemos saber hasta dónde llegaron los antiguos en el curso de las matemáticas, porque se perdió la mayor parte de sus escritos. Es verisímil que en los que perecieron se hallarian algunos de los que se tienen por nuevos descubrimientos, y acaso otros que hasta ahora están escondidos á la sagacidad de nuestros matemáticos. Lo que nos ha quedado (pongo por ejemplo) de Arquímedes, de Apolonio Pergeo, de Teodosio Tripolita, Diófanto Alejandrino, persuade que en lo que pereció hemos perdido grandes tesoros (1).

Maquinaria.—Las obras admirables de maquinaria de algunos ingenieros antiguos, cuya noticia hallamos en las historias, nos convencen de su gran comprensión en esta parte de las matemáticas. Tres años detuvo Arquímedes con sus invenciones las armas romanas debajo de las murallas de Siracusa. Con una mano sola trasladó de la playa á las ondas la grande nave de Hieron, que no habian podido mover todas las fuerzas de Sicilia. Cuarenta célebres inventos mecánicos le atribuye Papo, y de tantos, no sé que se nos haya conservado otro que la cochlea acuática, llamada comunmente *rosca de Arquímedes*. De Diógenes, ingeniero de Ródas, cuenta Vitrubio, que teniendo sitiada aquella ciudad Demetrio Poliorcetes, levantó sobre la muralla y metió dentro una grande torre movediza que habia aplicado á ella Epimacho, ingeniero de Demetrio. Lo mismo refiere de Callias, famoso arquitecto de Fenicia. Aristóteles, arquitecto de Bolonia, que floreció en el siglo xv, trasladó una torre de piedra de un lugar á otro. Cuéntalo Jonsio, el cual dice que cuando lo escribía aún vivían testigos de vista. Esta translacion es sin duda mucho más admirable que la que hizo el célebre Fontana, del obelisco vaticano en tiempo de Sixto V, cuanto va de mover un edificio compuesto de innumerables piedras, cuya textura al menor desnivel era preciso descuadernarse, á mover una piedra sola. Omitimos por cosa sabida de todos las estatuas de Dédalo y la paloma de Arquitas Tarentino.

(1) Los espejos ardientes, tanto por refracción como por reflexión, fueron conocidos de los antiguos. En cuanto á los cóncavos ó ustorios por reflexión, es legitima prueba lo que se cuenta de Arquímedes y de Proclo, que quemaron con ellos las naves enemigas; pues aunque esto sea, como lo juzgamos, fábula, la fábula misma supone que hubo conocimiento de esos espejos en la antigüedad. La ficción dióles el tamaño ó actividad que no tenían, ni acaso podían tener; pero ciertamente cayó la ficción sobre la realidad de otros de menor actividad y tamaño. Añado á esta prueba, testimonio expreso y formal de Plutarco, que en la *Vida de Numa Pompilio*, hablando de el fuego sagrado y eterno que guardaban en Roma las vestales, y en Atenas y Delfos unas sacerdotisas viudas, dice, que cuando por accidente sucedía apagarse aquel fuego, teniendo por sacrilegio usar para encenderle de el fuego elemental, le encendian, con una especie de espejo cóncavo, á los rayos del sol: *Negant eum fas esse ex alio accendi igne, sed novum et recentem parandum, eliciendamque puram ac liquidam ex sole flammam. Succendunt eam scaphis cavatis in æquali latera orthogonia trigonalia, que ex circumferencia in unum centrum sunt deversa. His soli obversis radii undique flagrantes coguntur, et contrahuntur ad centrum.*

El que los antiguos conociesen los espejos ustorios de vidrio, ó por refracción, parece mucho más extraño. Sin embargo, este

§ VIII.

Cosmografía.—En materia de cosmografía la opinion de Nicolao Copérnico, que pone al sol inmóvil en el centro del mundo, trasladando á la tierra los movimientos del sol, y que, como una novedad portentosa, fu admirada en el mundo, se sabe que es muy antigua, pues Aristarco de Sámos y Seleuco llevaron la misma, segun refiere Plutarco; y segun otros, ya antes de Aristarco era corriente entre los pitagóricos.

§ IX.

Cometas.—El descubrimiento, atribuido á los astrologos modernos, de que los cometas son cuerpos supra-lunares ó celestes, y no exhalaciones (como comunmente se cree) encendidas en la suprema region del aire, ya tuvo sectarios más há de diez y siete siglos, pues Plinio dice que algunos de aquel tiempo eran de este sentir.

§ X.

Telescopio.—Los dos grandes instrumentos de la astronomía y de la náutica, el telescopio y la aguja tocada del iman, antes fueron conocidos de lo que comunmente se piensa. Atribúyese la invencion del telescopio ó largomira á Jacobo Mécio, holandés, por los años de 1609, y su perfeccion, poco despues, al famoso matemático florentin Galileo de Galileis. Pero si hemos de creer al célebre franciscano Rogerio Bacon, ya éste, más de trescientos años antes, habia descubierto este maravilloso instrumento, pues en el libro de *Nullitate magiæ* dice, que, por el medio de vidros artificiosamente dispuestos, se pueden representar como muy vecinos los objetos más distantes. Ni es de omitir que nuestro sabio monje frances don Juan de Mabillon, en su relacion del *Viaje de Italia*, dice haber visto en un monasterio de la orden un manuscrito, antiguo más de cuatrocientos años, donde está dibujado el astrónomo Ptolomeo contemplando los astros con un tubo compuesto de cuatro caños. Y aunque se pudiera discurrir, como se discurre

descubrimiento debemos á monsieur de la Hire, el cual halló una clara expresion de ellos en la primera escena de el segundo acto de la comedia de Aristófanes, intitulada *Las nubes*. Hablan allí Strepiades (viejo gracioso) y Sócrates. Dicen:

STREPIADES.

¿Has visto en las casas de los droguistas aquella bella piedra trasparente con que se enciende fuego?

SÓCRATES.

¿No quieres decir una piedra de vidrio?

STREPIADES.

Puntualmente.]

SÓCRATES.

Y bien ¿qué harás con ella?

STREPIADES.

Quando vengán á ejecutarme con la escritura de que consta la deuda, yo tomaré esta piedra, y poniéndome al sol, desde lejos quemaré la escritura.

(*Historia de la academia real de las Ciencias, año 1708, página 112.*)

§ XII.

Música.—Jactan sobremanera los músicos de estos tiempos los grandes progresos que han hecho en su profesion, como que de una armonia insípida, pesada, grosera, pasaron á una música dulce, airosa, delicada; llegando á figurarse muchos que la práctica de esta facultad llegó á colocarse en este siglo en el más alto punto de perfección á que puede llegar. En el primer tomo cotejamos la música del siglo presente con la del pasado (*). Aquella cuestion conduce poco al intento de este discurso. Lo que aquí más importa examinar es, si la música de ahora (en que comprendemos la del presente y la del pasado siglo) se debe considerar como adelantada ó superior á la que veinte siglos há practicaron los griegos (3).

Trató doctísimamente este punto el autor del *Diálogo de Teágenes y Calímaco*, impreso en Paris el año de 1725. Este autor afirma y prueba que los músicos antiguos excedieron á los modernos en la expresion, en la delicadeza, en la variedad y en el primor de la ejecucion. Del mismo sentir, en cuanto al exceso en la perfeccion, tomada en general, es nuestro grande expositor de la Escritura, el padre don Agustín Calmet, en el tomo 1 de sus *Disertaciones bíblicas*, página 403, donde aprueba y confirma el dictámen y gusto que en orden

conducir á Europa aquel conocimiento cerca de el año de 1260; esto es, cerca de treinta y cinco años antes que volviese á Europa, y cerca de ocho ó nueve años antes que saliese. Así es cierto, que los padres Ricciolo, Dechales y Tosca, que señalau el año de 1260, padecieron engaño.

Algunos han querido darla mucho mayor antigüedad, aun dentro de la Europa, para lo cual producen este verso de Plauto en la comedia *Trinummus*:

Hic secundus ventus est, capere modò versoriam.

La voz *versoria* quieren que no signifique otra cosa que la aguja magnética. Pero á la verdad, en este pasaje nada se puede fundar; porque la voz *versoria* es muy equívoca; pues significa tambien el timon, significa una cuerda ó complejo de cuerdas que sirven al manejo de las velas; y en fin; la frase *capere versoriam*, segun Paseracio, significa tambien retroceder.

(*) Se omitió. (V. F.)

(3) Una práctica en materia de música, que se juzga ser invencion de este siglo, es estampar las notas musicales sobre una línea sola, en que hay la conveniencia de ahorrar el mucho papel que se gasta en la práctica ordinaria de colocarlas en cinco líneas. Monsieur Sauveur propuso como utilísimo este método de describir la música en una línea sola, pienso que el año de 1709, y generalmente es tenido por inventor de él. Pero monsieur Brossard, maestro de capilla de la catedral de Strasburgo, que murió siete años há, músico eminente en la teoría y en la práctica, en una *Disertacion* escrita en forma de carta á monsieur de Moz, muestra que esta práctica es antiquísima, porque de Alipo, músico antiguo, que floreció, segun monsieur Brossard, muchos años antes de Cristo, quedó, dice, una obra, en que las notas musicales están puestas sobre una línea sola. Añade, que este método se practicó constantemente muchos siglos; esto es, hasta nuestro famoso benedictino Guido Aretino, que, como mucho más cómodo para la práctica, inventó el método de figurar la música en cinco líneas.

Dos años despues que la idea de monsieur Sauveur era pública en Francia, un mozo español, aficionado á la música, se dió en Madrid por inventor de aquel método, y sobre introducirle, tuvo algunas pendencias con otros músicos, en una de las cuales mereció que le desterrasen. El mismo se me dió á conocer el año de 28, que estuve en la corte, jactándose conmigo de inventor de este método. Como yo sabía que el frances Sauveur le habia precedido sobrado tiempo para que él pudiese apropiarse la invencion ajena, en vez de el pláceme de el descubrimiento, en términos templados recibí de mi una correccion de la impostura.

en el *Diccionario de Moreri*, que aquella imagen no represente el telescopio, sino un simple tubo sin vidros, del cual acaso usarian Ptolomeo y otros antiguos astrónomos, á fin de dirigir la vista con más seguridad y limpieza á los objetos, la circunstancia de ser compuesto de cuatro caños conduce naturalmente á pensar que se haria de diferentes piezas, á fin de colocar los vidros intermedios, lo que, siendo de una pieza sola, era imposible. ¿Para qué la prolijidad de armarle de muchas piezas, si siendo de una servia del mismo modo para el logro de asegurar la vista y desembarazarla de la concurrencia de objetos extraños (1)?

§ XI.

Aguja náutica.—De las dos propiedades insignes del iman, atractiva del hierro y directiva al polo, la segunda se cree totalmente ignorada de los antiguos. Sin embargo, el inglés Jorge Wheler, citado en el *Diccionario universal de Trevoux*, asegura haber visto un libro antiguo de astronomía, donde se suponía la virtud directiva de la aguja tocada del iman, aunque no empleada en el gobierno de la náutica, sino en algunas observaciones astronómicas. Dicese que el primero que la aplicó á la navegacion fué Juan de Joya (otros llaman Goya y Gira), natural de Melfi, en el reino de Nápoles, cerca del año de 1300. Pero otros aseguran que en la China era antiquísimo este uso, y que de allá trajo su conocimiento Marco Paulo Veneto, cerca del año 1260 (2).

(1) Monsieur de Valois, de la academia real de las Incripciones, pretende probar por la historia la antigüedad de el telescopio. Dice que uno de los Ptolomeos, reyes de Egipto, habia hecho edificar una torre ó observatorio muy alto en la isla donde estuvo el famoso faro de Alejandria, y que en lo más alto de la torre hizo colocar telescopios de tan prodigioso alcance, que descubrian á seiscientas millas de distancia los bajeles enemigos que venian con intencion de desembarcar en aquellas costas. (*Historia de la academia de Incripciones*, tomo 1, página 111.) Mas á la verdad, yo hallo esto imposible, no porque haya repugnancia alguna en telescopio de tanto alcance, sino porque á tanta distancia era preciso que la curvatura de el arco de el globo terráqueo, interpuesto entre las naves y la torre, estorbaba la vista de aquellas, aun cuando la torre tuviese algunas millas de altura.

(2) Por el testimonio de el docto Claudio Fauchet, en las *Antigüedades de la lengua y poesia francesa*, ni se debe al Goya Amalfitano haber inventado la aguja náutica, ni á Marco Paulo Veneto haber conducido su uso de la China; porque antes de uno y otro se halla memoria de ella en un verso de un poeta frances llamado Guiot de Provins, que, segun dicho Fauchet, escribió por el año 1200, ó algo antes. El verso es como se sigue:

*Icele estoille ne se muet
Un art font, qui mentir non puet,
Par vertu de la marinelle
Une pierre laide, et noirette,
Ou le fer volentiers se joint.*

Marinelle es la antigua voz francesa con que se nombraba la aguja magnética, ó el iman, sirviendo á la navegacion, como significando inmediatamente piedra de el mar. La flor de lis, que en todas las naciones ponen sobre la rosa náutica apuntando el Norte, da motivo á los franceses para discurrir que la invencion se debe á la Francia.

Lo que dijimos, que muchos aseguran que cerca de el año 1260 trajo Marco Paulo Veneto de la China el conocimiento de la aguja náutica, es verdad en cuanto la proponemos como opinion ajena, esto es, que muchos lo aseguran; pero absolutamente y en realidad falso, en cuanto al tiempo que se señala; pues de los mismos escritos de Marco Paulo consta que salió de Europa por los años de 1268 ó 1269, y que no volvió hasta el de 1295. Con que, no pudo

á la música hemos manifestado en el primer tomo, por cuya razon pondré aquí sus palabras.

«Muchos, dice, reputan como rudeza é imperfeccion la sencillez de la antigua música; pero nosotros sentimos que esta misma dote la acredita de perfecta, porque tanto un arte se debe juzgar más perfecto, cuanto más se acerca á la naturaleza. Y ¿quién negará que la música sencilla es la que más se acerca á la naturaleza y la que mejor imita la voz y pasiones del hombre? Deslizase más fácilmente á lo íntimo del pecho, y más seguramente consigue halagar el corazón y mover los afectos. Es errado el concepto que se hace de la sencillez de la antigua música. Era sencillísima, sí, pero juntamente numerosísima, porque tenían muchos instrumentos los antiguos, cuyo conocimiento nos falta, no faltándoles, por otra parte, la comprehension de la consonancia y la armonía. Añadiase, para hacer ventajosa su música sobre la nuestra, el que el sonido de los instrumentos no confundía las palabras del canto, ántes las esforzaba, y al mismo tiempo que el oído se deleitaba con la dulzura de la voz, gozaba el espíritu la elegancia y suavidad del verso. No debemos, pues, admirarnos de los prodigiosos efectos que se cuentan de la música de los antiguos, pues gozaban juntos y unidos los primores que en nuestros teatros sólo se logran divididos.»

Debemos confesar que no se sabe á punto fijo el carácter específico de la música antigua, porque aunque Plutarco y otros autores nos dejaron algo escrito sobre esta materia, no hallamos en ellos la claridad y extension que es menester para hacer un exacto cotejo de aquella con la nuestra. Así, sólo por dos principios extrínsecos podemos decidir la cuestion. El primero es el que insinúa el padre Calmet, de los efectos prodigiosos de la antigua música. ¿Dónde se ve ahora ni aun sombra de aquella facilidad con que los más primorosos músicos de la Grecia ya irritaban, ya templaban las pasiones, ya encendían, ya calmaban los afectos de los oyentes? De Antigénidas se refiere que, tañendo un tono de genio marcial, enfurecía al grande Alejandro de modo, que en medio de las delicias del banquete saltaba de la mesa, medio frenético, y se arrojaba á las armas. De Timoteo, otro músico de aquel príncipe, se cuenta, que no sólo hacia lo mismo, pero, lo que era mucho más, despues de encendido en cólera Alejandro, mudando de tono, al punto le templaba el furor y helaba la ira. No es ménos admirable lo que se dice de Empédocles (ó el famoso filósofo de Agrigento, ó un hijo suyo del mismo nombre), que, tañendo en la flauta una cancion suavísima, detuvo á un furioso mancebo, que ya con el hierro desnudo iba á atravesar el pecho á un enemigo suyo. Y de Tirteo, capitán de los lacedemonios, en una expedicion contra los mesenios, el cual, tañendo un tono de gravedad tranquila, al ir á entrar en la batalla (porque era costumbre de aquella gente hacer prelude al combate con la música, y el mismo caudillo era excelente en esta profesion), introdujo un género de sosiego manso en los soldados, que los hubiera hecho víctimas de sus enemigos, si advertido el riesgo por Tirteo, no hubiera pasado á un tono belicoso, con que, embraveciéndolos de nuevo y encendiendo su coraje, los lizo dueños de la victoria. La misma reciprocacion de tempestad y calma se dice que

produjo Pitágoras, variando los tonos, en un jóven, en órden á otra pasion no ménos violenta que la de la ira. A todo excede la maravilla atribuida á Terpanandro, que, pulsando la lira, apaciguó una sedicion en Lacedemonia.

No sólo se experimentaba en la música de los antiguos esta valentía en conmover los afectos, mas tambien la eficacia para curar várias enfermedades. Teofrasto refiere, que con el concierto de varios instrumentos se curaban las mordeduras de algunas sabandijas venenosas. A Asclepiades se atribuye la curacion de los frenéticos con el mismo remedio, y á Ismenias Tebano, de la ciática y otros dolores. No pretendo que todas estas historias se admitan como inconcusas, pero sí que pasen como probables; pues no hay imposibilidad alguna en los hechos, ántes todos los efectos de la música expresados se pueden explicar con un mero mecanismo, y sin recurrir á cualidades ocultas ó misteriosas simpatías.

El segundo principio extrínseco de donde se puede deducir la perfeccion de la música antigua, es la grande aplicacion que habia á ella entre los griegos. Era muy frecuente en ellos, al acabarse los banquetes, pasar de mano en mano la lira entre todos los convidados, y el que no sabia pulsarla era despreciado como hombre rústico y grosero. Los arcades, singularmente, tenían por instituto irrefragable ejercitarse en la música desde la infancia hasta los treinta años de edad. No es dudable que cuanto más se multiplican los profesores de cualquier arte, tanto más ésta se perfecciona, ya porque la emulacion los enciende á buscar nuevos primores con que sobresalgan, ya porque es más fácil entre muchos que entre pocos hallarse algunos genios excelentes, tanto para la invencion como para la ejecucion. Siendo, pues, mucho más frecuente el ejercicio de la música entre los antiguos que entre los modernos, es muy verisímil que aquellos excediesen á éstos; y por consiguiente, en vez de añadir nuevos primores la música moderna sobre la antigua, se hayan perdido los principales de la antigua, sin que encontrase otros equivalentes la moderna.

§ XIII.

Instrumentos músicos.—En cuanto á los instrumentos músicos, pudiéramos decir mucho de la gran variedad de ellos que habia entre los antiguos. Nuestro Calmet, que trata de intento, en una *Disertacion*, de los que practicaban los hebreos, hace descripcion de muchos; y en su *Diccionario biblico* representa en una lámina veinte distintos. Es de creer que entre los griegos, gente de más policía y más amante de la música, hubiese muchos más. No tenemos por qué lisonjearnos de que nuestra inventiva en esta parte sea mayor ó mejor que la de los antiguos, pues habiendo perecido la ingeniosa invencion de los órganos hidráulicos, que se practicaba entre ellos, y de que se cree autor Ctesibio, matemático alejandrino, más de cien años anterior á la era cristiana, se trabajó despues inútilmente, segun refiere Vosio, en restaurarla. Tambien es del caso advertir, que algunos instrumentos que entre nosotros se juzgan invencion de los últimos siglos, ya estuvieron en uso en otros muy remotos; tales son el violon y el violin, cuya antigüedad prueba el autor del *Diálogo de Teágenes y Calimaco*,

por una medalla que describe Vigenere, y una estatua de Orfeo que hay en Roma.

§ XIV.

Química.—Lleguemos ya á la química, facultad, segun el sentir comun, totalmente ignorada de los antiguos. Esta voz *quimia* ó *química* tiene diferentes sentidos, porque ya se toma por aquella filosofía teórica que constituye por elementos de los mixtos el sal, azufre y mercurio, ya por el arte práctico de resolver y anatomizar los mixtos mediante la operacion del fuego, ya por aquella apetecida ciencia de transmutar los denias metales en oro. Aunque para significar esto último se ha variado un poco el nombre, y se dice alquimia, que quiere decir quimia elevada ó sublime.

De la quimia filosófica ó teórica se proclama vulgarmente autor Teofrasto Paracelso, de quien en otra parte dimos bastante noticia. Pero es razon despojarle de este usurpado honor, por restituirle á su legitimo acreedor Basilio Valentino, monje benedictino, aleman, cien años anterior á Paracelso. Así lo han reconocido Juan Baptista Helmoncio, Roberto Boyle y otros ilustres químicos. Es de creer (con más seguridad que la de simple conjetura) que la doctrina de Basilio Valentino se comunicó á Paracelso por medio de nuestro famoso abad Juan Tritemio, pues de éste se asienta que fué insigne químico, y Paracelso en várias partes se gloria de haber sido discípulo suyo. Por donde se puede inferir, que la filosofía química estuvo desde Basilio Valentino escondida en nuestros monasterios, hasta que, comunicada por Tritemio á Paracelso, la hizo este gran charlatan notoria al orbe.

Aunque algunos profesores de la quimia práctica pretenden que sea antiquísima, derivando el nombre *chimia* ó *chemia* de Cham, hijo de Noé, á quien hacen inventor de este arte, y de quien, por medio de su hijo Mizraim, dicen pasó á los egipcios, de éstos á los árabes, etc., éste se reputa un vano esfuerzo de los químicos por calificar la anciana nobleza de su facultad. El caso es que, llegando á particularizar, apénas se sabe cosa en ella que no quieran que sea invencion de los dos últimos siglos, en lo cual, ó se engañan, ó nos engañan. Cito un buen testigo, el famoso médico holandés, Herman Boheraave, el cual (*Prolegom. ad institut. chimie*) dice, que en la biblioteca de Lieja hay los escritos de Geber, griego, apóstata de la religion cristiana á la mahometana, y en ellos se hallan expuestos infinitos experimentos en órden á la manipulacion de los metales, que hoy se tienen por inventos modernos, y todos son verdaderísimos: *In ejus libro infinita experimenta, et quidem verissima hodie experta habentur, et quidem quæ hodie pro recentissimis inventis habita sunt.* Floreció Geber al principio del octavo siglo. Algunos le hacen español, natural de Sevilla.

El mismo Boheraave (*ibi*) advierte, que en los escritos del famoso franciscano inglés Rogerio Bacon, que floreció más há de cuatrocientos años, se leen los inventos que, como propios suyos, propaló monsieur Homberg poco há en la academia real de las Ciencias. Y en fin, que cuanto escribió del antimonio el frances Leme-

ri, lo sacó del libro intitulado *Currus triumphalis antimonii*, de nuestro monje Basilio Valentino, de quien se habló poco há.

§ XV.

Arte transmutatoria.—En órden á la alquimia, ó arte transmutatoria de los metales en oro, no tengo que decir sino que este arte, ni es de invencion antigua ni moderna, porque ni ha existido ni existe sino en la idea de algunos, á quienes la golosina de la piedra filosofal hace gastar infructuosamente el tiempo y la moneda. Remítome á lo dicho en el discurso acerca de la *Piedra filosofal*. Con cuya ocasion advertiré aquí, que el autor de la *Apelacion sobre la piedra filosofal* (á quien debo hacer la justicia de confesar que escribe con limpieza, gracia y policía) me acusa injustamente de contradiccion ó inconsecuencia, por haber dicho en una parte de aquel discurso, que es posible la produccion artificial del oro, y en otra que es imposible. ¿Qué contradiccion hay en decir al principio que es posible absolutamente la produccion artificial del oro, y probar despues que es imposible por los medios por donde la intentan los alquimistas? No mayor que en decir que es absolutamente posible que un hombre vuele, y añadir despues que es imposible que vuele con alas de plomo. Aquello he escrito yo. Pues ¿qué contradiccion se me arguye?

§ XVI.

Arte schænobatica.—Las dos artes destinadas á la diversion y embelesamiento de los pueblos, *schænobatica* y *præstigiatoria* (*volatineria* y *juegos de manos*) parece que estuvieron sepultadas algunos siglos, y no há mucho empezaron á admirarse como nuevas; pero realmente son antiquísimas, y griegos y romanos las practicaron con igual ó mayor primor que hoy se practican. Hacen mencion de los volatines (que los griegos llamaban *schænobates*, y los latinos *funámbulos*) Juvenal, Marcial, Manilio y Petronio. No sólo habia hombres y mujeres muy hábiles en este género de ejercicio; pero, lo que es sumamente admirable, llegaron á industrial en él aun á los mismos brutos. Plinio, libro viii, capítulo ii, y Séneca, epístola lxxxv, testifican, que en algunas fiestas romanas se dió al pueblo el prodigioso espectáculo de elefantes funámbulos. No sólo confirman este portento Suetonio y Dion Casio, pero añaden sobre él otro mayor; esto es, que en unas fiestas que dió al pueblo Neron, un caballero romano bajó la maroma sentado sobre la espalda de un elefante. Pondré las palabras de uno y otro escritor, porque maravilla tan alta pide acreditarse con el testimonio de dos historiadores tan famosos. Suetonio: *Notissimus eques romanus elephantum super sedens per catadromum decurrit.* Catadromo era una maroma inclinada del alto al suelo del teatro. Aunque es verdad, segun consta de algunas monedas, que para los elefantes funámbulos se ponian tirantes dos maromas. Dion Casio: *Elephas ad superius theatri fastigium conscendit, atque illinc per funes decurrit sessorem ferens.*

Sospecho que en Egipto se conservó la arte schænobática, despues que se perdió en Europa, porque Nic-